

sino dual. El ser del hombre se caracteriza precisamente por esa apertura interior, por la cual es siempre *además* y posee la libertad nativa. Esta apertura interior se continua y encuentra sentido precisamente en la segunda dualidad de la apertura íntima, la apertura hacia dentro, que se caracteriza precisamente por ser intelectual y amorosa. Hay que tener en cuenta, para advertir la originalidad de la propuesta de Polo estudiada en estas páginas, que se está hablando del acto de ser humano y no de las facultades, que pertenecen a la esencia del hombre. Al hilo del estudio de esta apertura se desarrolla la doctrina sobre el hábito de sabiduría, que se formuló por primera vez en el medievo.

El capítulo sexto se ocupa de la apertura hacia el prójimo. Se trata de una novedad que aporta el autor en continuidad con el pensamiento de Polo y para cuya valoración serán precisos todavía muchos desarrollos que están por hacerse. El último capítulo trata de la apertura transcendente. La intimidad humana, su acto de ser, no encuentra dentro de sí ni su propia verdad ni el objeto adecuado de su amor, eso muestra que la persona humana es creada. La libertad humana es, en última resolución, búsqueda de reconocimiento y de aceptación. De este modo el ser del hombre dice relación a Dios y la antropología se convierte en teología natural: el ser humano alcanza el conocimiento de un Dios personal, que sabe quién soy y que me ama y acepta mis obras. El libro termina con una síntesis conclusiva, que resume apretadamente su contenido, aunque quizá no fuera necesaria en un libro de estas características, y con una bibliografía completísima a la que no se puede poner ningún pero.

Espero que este leve bosquejo de los temas que afronta el libro permita al lector advertir el rigor y la valentía de la investigación y justifique la ausencia de apreciaciones críticas que deberían tener una extensión excesiva para una recensión. Sólo me atrevo a señalar que convendría poner un índice analítico y de nombres al final, porque ayudaría a buscar los lugares relevantes para un estudio a fondo de los diferentes temas.

Enrique MOROS

J. PUJOL, F. DOMINGO, A. GIL, M. BLANCO, *Introducción a la pedagogía de la fe*, Eunsä, Pamplona 2001, 448 pp., 15,6 x 23, ISBN 84-313-1934-8.

Los autores califican su obra como una *introducción*; la realidad es que el lector se encuentra ante un auténtico tratado de pedagogía de la fe, amplio, profundo y atento a la complejidad de cuestiones que conviene tener presentes en este terreno. Destaquemos de entrada una característica muy importante en este tipo de manuales: el equilibrio entre el fondo y la forma y en la extensión dedi-

cada a cada una de las cuestiones. En estas páginas se ha conseguido una armonía que es muy de agradecer no sólo en los aspectos técnicos (orden, claridad, buena escritura), sino también en los demás aspectos, sabiendo conjugar una sugerente visión teológica con la explicación de las más modernas técnicas pedagógicas y la atención a los diversos ámbitos (la familia, la Iglesia, la escuela) en que han de aplicarse los conocimientos de la doctrina cristiana y de las técnicas pedagógicas. Finalmente, pero no en último lugar se concentra también en este manual una rica experiencia docente, especialmente a la hora de delinear los rasgos fundamentales de los diversos sujetos y ámbitos de la educación en la fe.

El libro está dividido en seis partes. La primera, dedicada a las cuestiones preliminares (pp. 33-66), trata dos asuntos de capital importancia: el concepto de pedagogía de la fe y la forma en que ha actuado Dios al revelarse a lo largo de la historia: su gran «filanthropía» y su «catábasis». Como observan los Autores, «durante mucho tiempo se ha considerado y limitado la educación de la fe a una instrucción elemental de los niños en la fe cristiana en el marco de la parroquia. Hoy se entiende en un sentido y en un contexto más amplio atendiendo a las diversas dimensiones de la fe, a las distintas edades, desde niños a adultos, a los lugares y ámbitos en los que se realiza, como son la parroquia, la familia, la escuela, las asociaciones y movimientos» (p. 25). Éste es el planteamiento en el que ellos se insertan convergiendo así con lo más solvente de las corrientes pedagógicas contemporáneas. Este planteamiento es, además, el marco desde donde se contemplan todas las cuestiones tratadas en el manual y al que se remite con frecuencia al lector.

La segunda parte, *La evangelización* (pp. 67-169) trata de la evangelización en cuanto misión esencial de la Iglesia, fijándose detenidamente en dos de los ámbitos privilegiados en los que se realiza esta evangelización: la catequesis y la enseñanza escolar. También aquí tiene particular relevancia la coherencia de la visión teológica en que se insertan los Autores. Este talante se manifiesta, p.e., en sus análisis de la historia del concepto evangelización (pp. 67-70), al describirla como proceso (pp. 70-76), o al señalar cuál es su meta. «La meta de la evangelización —leemos en la página 77— es la conversión y la plenitud de la fe. El mensaje que Jesucristo predicaba es el mismo que resuena hoy en la evangelización: *convertíos y creed en el Evangelio*. Porque la fe cristiana es, ante todo, *conversión* a Jesucristo, adhesión a su Persona con el propósito de caminar en su seguimiento, de ser su discípulo. Ello supone pensar, juzgar y vivir como Él lo hizo».

Nos encontramos, pues, ante una consideración de la pedagogía de la fe y de la evangelización, que no sólo es plenamente teológica sino que se encuadra en una serena perspectiva que impedirá que, en la enseñanza de la fe cris-

tiana, se primen desproporcionadamente los aspectos noéticos sobre aquellos otros aspectos humanos inherentes a lo que se entiende por *conversión*. La pedagogía de la fe ha de atender a la educación de toda la persona, pues es toda la persona la que se embarca en el seguimiento a Jesucristo. Esto grava sobre el pedagogo con una gran responsabilidad y una severa exigencia: su tarea no se agota en la transmisión más o menos amena de unos conocimientos, sino que abarca mucho más, ya que además de atender a los aspectos noéticos, debe ayudar a los alumnos, con respeto y eficacia, en el proceso de su conversión a Jesucristo, proceso personal e intransferible, que dura toda la vida.

Esta perspectiva aproxima a los Autores a una visión de la pedagogía de la fe mucho más cercana a la primitiva Iglesia que la que se tuvo en el siglo pasado y que, por ello, nos resulta más juvenil y estimulante. Se trata también de una visión más humana, puesto que pone en primer plano al hombre en su concreta y completa humanidad. En este sentido, nos acerca cálidamente al humanismo griego tal y como es descrito por Werner Jaeger en sus libros, especialmente en su precioso escrito *Cristianismo primitivo y paideia griega* (Méjico, 1965).

La visión teológica que venimos describiendo prosigue con la tercera parte, *La transmisión del mensaje cristiano* (pp. 121-157), que comienza describiendo la naturaleza revelada del mensaje cristiano, aspecto éste que incide poderosamente en la concepción de la pedagogía de la fe, y cuya importancia se pone de relieve inmediatamente en las consecuencias prácticas que los Autores ofrecen al lector en forma de criterios para la transmisión del mensaje cristiano. Se trata de unas páginas especialmente útiles, que conviene considerar despacio. He aquí los «criterios» tal y como aparecen formulados en las páginas 123-128: a) El mensaje cristiano debe estar centrado en la Persona de Cristo e introducir a la dimensión trinitaria del mismo mensaje; b) El mensaje cristiano debe ser un mensaje de salvación y de liberación; c) El carácter eclesial del mensaje evangélico remite a su carácter histórico; d) el mensaje evangélico necesita ser inculturado, sin que ello sea impedimento a su transmisión íntegra; e) El mensaje cristiano ha de ser transmitido de forma orgánica y jerarquizada, y de manera significativa para la persona humana.

La claridad es una característica que adorna al buen maestro. La claridad de los criterios enumerados hace supérfluo cualquier comentario. Basta leerlos con atención para percibir claramente cuál es el contenido de fondo del libro y la posición personal de los Autores.

Tanto al hablar de la evangelización como al tratar de la transmisión del mensaje cristiano, los Autores, después de un capítulo más especulativo, han concretado cuanto venían diciendo, aplicándolo a dos ámbitos netamente dife-

renciados: la catequesis y la enseñanza religiosa escolar. A partir de este capítulo, los Autores concretan aún más, adentrándose por el siempre difícil terreno de la didáctica y de la pedagogía. La cuarta parte, titulada *Didáctica de la educación de la fe* (pp. 183-308) se inicia con un capítulo sobre el aprendizaje de la fe, en el que se trata de la incorporación de las aportaciones del aprendizaje significativo al proceso educativo, y a continuación se estudia la didáctica específica de la educación en la fe en los campos de la catequesis y de la enseñanza religiosa escolar. Las partes quinta (*Los sujetos de la educación en la fe*, pp. 309-383) y sexta (*Los agentes de la educación de la fe*, pp. 384-450) prosiguen esta tarea centrándose cada vez más en lo concreto, es decir, considerando las mismas cuestiones respectivamente desde la perspectiva de los alumnos y desde la perspectiva de los pedagogos.

Las casi quinientas páginas del libro pueden hacer pensar que quienes se adentran por los caminos de la evangelización o de la enseñanza religiosa se lanzan a tareas para las que muy pocos estarían preparados. Los Autores se apresuran a advertir que «unos padres de familia cristianos, con nula o apenas formación en pedagogía religiosa, pueden llegar a ser, y así sucede en múltiples ocasiones, los primeros y principales educadores de la fe de sus hijos; y, de la misma manera, muchos cristianos son capaces de dar razón de su fe por medio de su vida cristiana reciamente vivida, sin otra preparación que la que nace de la coherencia de su fe. Pero, siendo esto verdad, es preciso que la *pedagogía de la fe* tenga cada día más hondura científica, que crezca a la par que las demás ciencias de la educación y pueda ser instrumento válido, ayudado siempre por la gracia del Espíritu Santo, para que el mensaje cristiano sea cada vez más conocido y mejor vivido» (p. 27).

La apreciación de los Autores es realmente oportuna. Los temas pedagógicos son accesibles pero, como todo en esta vida no son incorporados al acervo personal del catequista o del teólogo sin esfuerzo y constancia. Este esfuerzo merece la pena. El teólogo sabe bien qué importancia tiene el dominar el arte y la técnica de la palabra para escribir y hablar —incluso para pensar— en teología. Baste recordar lo convicción de uno de los mayores teólogos de la historia, que poseía, además, una envidiable experiencia en cómo el hecho de lograr una expresión clara y universalmente accesible influyó decisivamente en la solución de las graves cuestiones de teología trinitaria de su siglo. Me refiero a Gregorio de Nacianzo, cuya intervención en el primer concilio de Constantinopla el a. 381 fue decisiva para la clarificación en la doctrina trinitaria. Él pensaba que una idea no expresada con corrección y exactitud es una idea que cojea, e insistió en este punto en el Discurso pronunciado ante este Concilio (cfr. *Oratio* 39, 11).

El teólogo sabe bien que esta convicción del de Nacianzo no es exagerada, sino que se ajusta a una ley esencial del pensamiento humano, también, quizás sobre todo, en teología. Por eso sabrá apreciar la importancia y oportunidad de este manual, muy útil para tantas personas, y no inútil para él.

La claridad expositiva, la abarcante visión teológica de los Autores que les sirve de trasfondo y la cuidadosa atención prestada a los aspectos prácticos hacen, además, que este libro se sitúe con justicia en la lista de los manuales importantes que se han publicado sobre estos temas en los últimos años, y se inserta en la línea de Gregorio de Nacianzo cuando escribe: «Pienso que todos los hombres que tienen sentido común están de acuerdo en que la educación es el principal de los bienes que se nos ofrecen» (*Discurso* 43, n. 11).

Lucas F. MATEO-SECO